

FÁBULA DEL ALUMNO ERIZO

Los tres tiempos, un pelito lógicos, del alumno

Jean Allouch

“¡Perdón!”, dijo el erizo bajándose del cepillo para el cabello¹

El acto copulatorio de los erizos obsesiona [*hante*] los espíritus, no se necesita otra pista para constatarlo que los recientes pedidos de auxilio dirigidos a los servicios de emergencia de la policía en Alemania (Augsburg, Munich, Erlangen, Dresden), referidos por *The Guardian* después de *Der Spiegel*, bajo el título que sigue: “Germans kept up at night by noisy igelsex (that’s hedgehog coupling)”². Escuchados como de humanos copulando, ciertos ruidos perturban el sueño de aquellos que esperan de la policía que les ponga un término. ¡Se trata de erizos “*coupling*”, o “*having fun*”!

Jacques Lacan, aquí, no se quedaba atrás:

Lo que he dicho hoy sobre la imagen ventral me ha hecho venir la idea del erizo. [...] ¿Cómo hacen ellos el amor? Es claro que *a tergo* debe presentarse alguna inconveniencia. Llamaría por teléfono a Jean Rostand. No me detendría en este episodio. La referencia al erizo es una referencia literaria. Arquíloco se expresa en alguna parte de esta manera: “El zorro lo sabe mejor, él sabe mucho de trucos [tours]. El erizo no tiene más que uno, pero uno famoso. Ahora bien, de lo que se trata concierne precisamente al zorro. Recordando, o no recordando a Arquíloco, Giraudoux, en Bella, [revela] <refiere> el estilo de relámpago de un señor [que] tiene un truco [*truc*] también famoso, que él atribuye al zorro y quizás la asociación de ideas ha jugado, quizás el erizo conoce este truco [tour]. Sería, en todo caso, (más) urgente para él conocerlo ya que se trata de librarse [*débarrasser*] de sus parásitos [*vermine*], operación que es más que problemática en el erizo³.

“Problemática”, en el erizo... ¿únicamente en él? Uno se pregunta si ésta dificultad tan especial, que se imagina ser la de estas bestias con respecto a este having fun, no es lo que se trata de hacer saber a los policías; dicho de otra forma allí en donde tal dificultad no puede de ninguna manera ser

¹ Esta ocurrencia se relaciona con una observación de Lacan respecto de Freud: “Freud encuentra mujeres ideales que le responden con el modo físico del erizo. *Sie streben dagegen* (como lo escribe Freud en el sueño de Irma, donde las alusiones a su propia mujer, no son evidentes, ni confesas [*avouées*]), ellas están siempre a contrapelo.” (*Le Transfert...*, 16 de noviembre de 1960. Debo esta referencia a Danielle Arnoux).

² Reciba aquí agradecimiento Miguel Gasteasoro, que me ha proporcionado esta información (*The Guardian*, 5 de agosto de 2019). <https://www.theguardian.com/world/2019/aug/05/germans-kept-up-at-night-by-noisy-igelsex-thats-hedgehog-coupling>

³ *Le Transfert...* transcripción crítica *Stécriture*; debo a Danielle Arnoux el haber podido producir aquí esta cita.

recibida. ¿El físico de los erizos volvería sensible a los humanos la ausencia de relación sexual, ausencia que tendrían en común -según se imaginan- con esas criaturas?

¿Pero qué relación con lo que llamo el alumno erizo?

Roma, jueves 31 de octubre, viernes 2 de noviembre y sábado 3 de noviembre de 1974: VII congreso de la Escuela Freudiana. Con su Vaticano, sus ruinas, su orgía de pinturas renacentistas, sus restaurantes, la ciudad es muy importante para Jacques Lacan. Veintiún años antes (26-27 de setiembre de 1953), tras un primer congreso de Roma, había pronunciado allí “Función y campo de la palabra y del lenguaje”, un discurso que, después de su conferencia “El simbólico, el imaginario, el real” (8 de julio de 1955), puede ser considerado, en muchos aspectos, como habiendo lanzado eso que se iba a llamar su “enseñanza”. ¿Hay enseñanza sin alumnos? ¿O bien qué?

Desde 1953, mucha agua ha corrido bajo los puentes del Tíber, o más bien del Sena... La sala Romana está completa. La Escuela freudiana ha hecho el viaje. Algunos intervienen -hay una treintena de exposiciones-, entre ellos Jacques-Alain Miller que, ese día, ha molestado a más de uno (entre los que yo estaba, por otro lado, y en parte en desagradable compañía) y cautivado a otros (entre los que si estaba, hubiera estado asimismo en desagradable compañía, aunque no la misma).

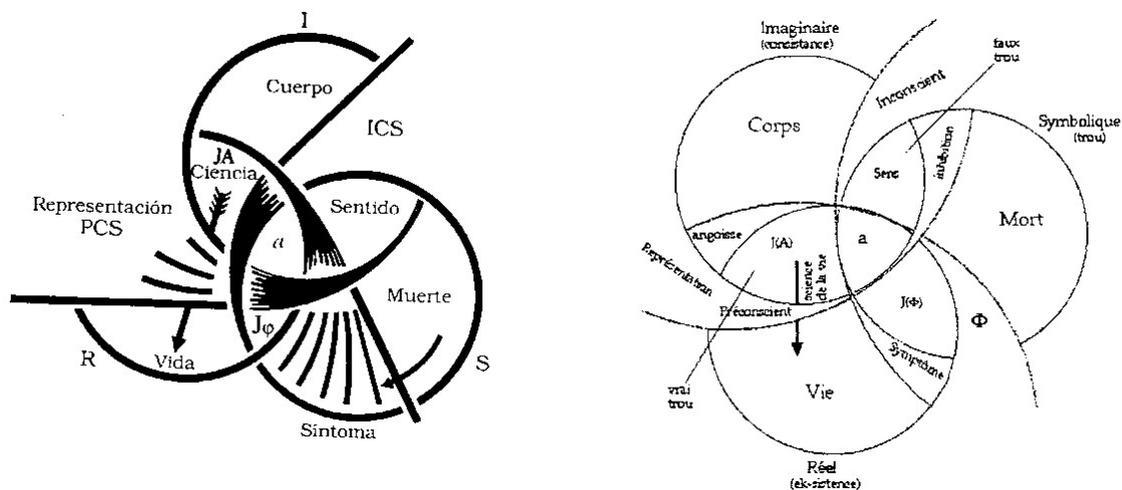
Ese congreso fue publicado poco después, en 1975, en el número 16 de las *Lettres de l'École freudienne*, precedido de una conferencia de prensa dada por Lacan donde, por supuesto -se está en Roma-, se va a tratar del “triunfo de la religión”, así como de la posible desaparición del psicoanálisis quien, diferente en esto de la religión, no provee sentido ocupándose de “lo que no marcha” [*ce qui ne marche pas*]; siendo precisado entonces a los periodistas que esta fórmula define el real; adoptando por mi parte esa definición, que es mi preferida. Los psicoanalistas son declarados -más bien intempestivamente- mejor preparados que los sabios en relación a esto que no marcha, y son declarados así más angustiados. Lacan recuerda entonces que uno de sus alumnos había estado tan entusiasmado por uno de sus seminarios -llamado *La Angustia*- que él había, dice entonces: “pensado que hacía falta meterme en una bolsa y ahogarme. Me amaba tanto que era la única conclusión que le parecía posible.” Una ocurrencia. La que no es retomada aquí sino porque se va a tratar del alumno en una situación parecida, puesto por Lacan no en una bolsa, sino envuelto por él en los pliegues de su pañuelo, pañuelo que se espera immaculado.

Lacan interviene a mitad de este VII congreso, el viernes, al fin de la mañana. Se rehúsa a entregar un palmarés de las intervenciones, al tiempo que afirma que ha escuchado, la víspera y en esa mañana misma, “cosas excelentes” -palabras cuya vaguedad pone algo incómodos [*dans leurs petits souliers*] a aquellos que han intervenido: “‘Excelente’, ¿piensa él en mi entrega?”. Advierte que va a leer y no lo hará, o solo un poco. Anuncia un título: “La tercera”⁴. Aquí se encuentra uno de los nudos borromeos más cargados que se hayan dado y que, de hecho, plantea tal número de dificultades de lectura que haría falta no se sabe cuántas horas de diligente trabajo para llegar hasta el final, si tal cosa resultara posible. Por ejemplo, cuestión sin duda justamente absurda: ¿cuál es el estatus nodológico de esos espacios ennegrecidos y de esas dos rectas, tangentes al borde exterior de unas extrañas excrecencias negras, que bordean dos lugares cuyo estatuto no es preciso? Tampoco (es definido el de) las playas, si se acepta designar así los espacios internos de un borromeo puesto en plano y distinguidos por su misma puesta en plano.

Una lectura posible, propuesta por Gabriel Meráz, sería el ver en esas rectas la figuración dinámica de una operación de transformación de los círculos de hilo en rectas infinitas. Quizás, si no fuera que el cruzamiento de tres rectas infinitas, si bien localiza un punto, no sabría valer como escribiendo un nudo borromeo. Otra lectura de estas extrañezas, sugerida por el verbo “*resserrer*” [estrechar, fortalecer, reforzar, mejorar, intensificar, ajustar], parece indicada por las palabras pronunciadas justo antes de haber mostrado ese nudo borromeo:

Es en tanto, por el contrario, que alguna cosa en el simbólico se ajusta [*resserre*] en eso que he llamado el juego de palabras, el equívoco, el que comporta la abolición del sentido, que todo lo que se refiere al goce, y especialmente al goce fálico, puede igualmente ajustarse [*resserrer*], ya que esto no va sin que ustedes se den cuenta del lugar [*place*], en estos diferentes campos, del síntoma.

⁴ Patrick Valas ha establecido mejor el texto de lo que fue dicho por Lacan en noviembre de 1974 en Roma.



El esquema de la izquierda reproduce el presentado en Roma. El de la derecha es debido al amigo Patrick Valas que ha agregado, al primero, indicaciones surgidas de los seminarios posteriores. La puesta en plano de Lacan es presentada a título de un desafío, y lanzado bien al final de “La tercera”:

Si ustedes llegan a leer verdaderamente lo que hay en esta puesta en plano del nudo borromeo, pienso que estaría allí a la mano para ustedes chocar [*to per*] con alguna cosa que puede servirles *tanto como la simple distinción del real, del simbólico y del imaginario* (el subrayado es mío).

Asimismo, del todo inesperados, son convocados diversos animales. De entrada un oso [*ours*], que Lacan lee en su primer “discurso” [*discours*] de Roma. Todo sucede entonces como si se descifrara un sueño “freudiano” pero, de alguna manera, a contra-pelo. Una transliteración no es menos operante en tal desciframiento. En lugar de partir de dos imágenes del sueño (ideografía), y de concluir en un enunciado (escritura alfabética), he aquí que este enunciado -ni siquiera un enunciado, más precisamente un término: “discurso”- porta las dos imágenes. He aquí el *discours*, el disco oso⁵ [*disque ours*].

⁵ Ver Littoral, número 2, *La main du reve*, Erés, 1981.



¿Según Lacan en 1974, un oso -él mismo- habría hablado en Roma veintiún años antes? ¿O bien su decir, habiendo devenido un disco de vinilo⁶, habría sido transformado en un oso por alumnos que repetían en redondo las palabras entonces sostenidas? “Es un oso”, se dice en francés de alguien al que se tiene por torpe, brusco, desmañado. Se dice también que “gira como un oso -o un león-enjaulado” [*tourne comme un ours en cage*]. El baile del oso es juzgado poco agraciado.

Y tener la regla ha podido decirse “tener sus osos” [*avoir ses ours*]. Así, uno es llevado a preguntarse si, durante ese VII congreso, Jaques-Alain Miller *no ha vendido la piel del oso* [*venu le peau de l’ours*] con su “Adresse au congrés de l’Ecole freudienne”. ¡Demasiados elogios a Lacan! Cuatro exactamente, que *agotan* [*épuisent*] el dominio de la discursividad: “Lacan el amo”, “Lacan el histérico”, “Lacan el universitario”, “Lacan el analista”. Lacan el oso está ausente; es verdad que Lacan no había entonces escrito, ni promovido, un “discurso del oso” [*discours de l’ours*].

Los animales están igualmente presentes en la entrevista con los periodistas italianos, dada justo antes de la realización del congreso: gallinas, a las cuáles Dios dirige sus advertencias; un perro que mueve la cola; un mono que se masturba (donde los más advertidos habrán reconocido a Sigmund Freud⁷). Entonces, ¿cuándo alguien consagrará un estudio detallado a los animales en Lacan, al zoológico lacaniano? La concepción despreciativa que se tiene usualmente del imaginario podría encontrarse felizmente sacudida.

⁶ Que conserva, sin que se pueda cambiar nada, lo que ha sido registrado

⁷ Ver “Mano del mono”, *Les impromptus de Lacan, 543 bon mots recueillis par Jean Allouch*, Paris, Mille et Une Nuits, 2009, pág. 209.

Se retendrá también de esta entrevista con los periodistas que él anuncia tener ya cuidadosamente “cogitado”⁸ “el cachivache” [*le machin*] que se apresta a decir en el transcurso de ese congreso: “sesenta y seis páginas que he tenido la pendejada de poner (desovar, escribir, parir) para ustedes” -he aquí ya no un oso, sino una gallina-. “La tercera” será ese cachivache (en referencia al general De Gaulle que había despreciado la ONU tratándola de “cachivache” [*machin*]).

Además de un gato gozando -lo que atestigua, según Lacan, su ronroneo-, está presente en “La tercera” un animal que no se espera, un erizo. He aquí en qué términos:

Cómo sacarles de la cabeza el uso filosófico de mis términos, es decir el empleo ordinario, cuando por otra parte bien hace falta que eso entre, aunque valdría más que eso entre en otro lugar. Ustedes se imaginan que el pensamiento se tiene en el cerebro. No veo porqué los disuadiría. Yo, yo estoy seguro – estoy seguro como que eso es mi asunto [*affaire*] – que eso se sostiene, en el ser hablante, en las arrugas de la frente, exactamente como en los erizos. Adoro los erizos. Cuando veo uno, lo meto en mi bolsillo, en mi pañuelo. Naturalmente él mea. Hasta que lo suelto en mi césped, en mi casa de campo. Y allí adoro ver producirse ese plegamiento de las arrugas de la frente. A lo que le sigue que, enteramente como nosotros, se hace una bola.

En fin, si ustedes pueden pensar con las arrugas de la frente, pueden pensar también con los pies. Y bien, es allí que yo querría que eso entre, ya que después de todo el imaginario, el simbólico y el real, eso está hecho para que aquellos de este amontonamiento, aquellos que me siguen, para que les ayude a abrir el camino del análisis.

Ignoro si, escuchando esto, algún alumno hubo pescado que este erizo bien podría valer como una figura de él mismo que ese día Lacan le presentaba. Me ha hecho falta un tiempo para darme cuenta... ya que la evidencia de esta identificación imaginaria no me ha caído encima sino muy recientemente. De alguna manera, un estadio del espejo *lacaniano* tardío. Según Lacan una evidencia se vacía, y eso es lo que me propongo hacer enseguida.

Es que de entrada hay lugar para mencionar, como telón de fondo, el lugar del erizo, su papel en Freud. Lector de Schopenhauer, Freud había relevado en este último lo que se ha llamado “el dilema del erizo” (¿en el lugar del *coupling*?):

⁸ “Cogitar” [*cogiter*]: Jacques Lacan, más bien que “pensar” [*penser*], prefiere este verbo. Si mi recuerdo no me engaña, le ha sucedido asimismo decir su escaso gusto por el pensamiento declarándolo una secreción física. Sobre la cogitación [*cogitation*], uno podrá remitirse a Michel Foucault, *El gobierno de los vivos, Curso en el Colegio de Francia 1979-1980*, Paris EHESS Gallimard Seuil, 2012, p. 292 y sigs.

En una fría mañana de invierno una camada de puercoespines había formado un grupo cerrado para resguardarse mutuamente, contra la helada y por su propio calor. Muy pronto sintieron los ataques de sus púas, lo que les hizo apartarse unos de otros. Cuando la necesidad del calor hizo que se aproximaran nuevamente, el mismo inconveniente se renovó. De tal suerte, fueron arrastrados de aquí para allá entre dos malestares, hasta que hubieron terminado por encontrar una distancia mediana, la que les volvió la situación soportable. Así, la necesidad de compañía, nacida del vacío y de la monotonía de su vida interior, empuja a los hombres los unos hacia los otros, aunque sus numerosas maneras de ser antipáticas y sus insoportables defectos los dispersan de nuevo. La distancia media que terminan por descubrir, y en la que la vida en común deviene posible, es la cortesía y los bellos modales. En Inglaterra se grita a aquel que no se mantiene a esta distancia: ¡Conserva la distancia! [*Keep your distance!*] Por este medio la necesidad de calentarse no es sino, a decir verdad, satisfecha en parte; aunque, por otro lado, no se siente el daño de las púas. Sin embargo, aquel que posee suficiente calor interior propio prefiere quedar por fuera de la sociedad, para no experimentar molestias ni causarlas⁹.

Freud no estaba lejos de hacer suya esta conclusión de Schopenhauer¹⁰. Habría declarado haber ido a los Estados Unidos para observar a los puercoespines¹¹; y tuvo cuidado de ubicar un erizo metálico -regalo de James Jackson Putnam¹²- entre su colección de antigüedades, tan presentes ellas en su consultorio¹³.

⁹ Schopenhauer, *Parerga et Paralipomena*, párrafo 396. En francés en Alcan en 1911 y más recientemente, ed. Jean Pierre Jackson en 2005.

¹⁰ He podido sacar esta conclusión de sus sinsabores con Ferenczi y sus dos mujeres (*El psicoanálisis, una erotología de pasaje*, Cuadernos de Litoral, Córdoba, Edelp, 1998).

¹¹ Durante el verano de 1909, decía a sus próximos entonces reunidos, el motivo de su siguiente viaje a los Estados Unidos: "*I am going to América to catch sight of a wild porcupine and to give some lectures*" (Citado por George Prochnik, "The porcupine illusion" <http://cabinetmagazine.org/issues/26/prochnik.php>. El artículo ofrece también una foto de Freud y de la familia Putnam luego de una excursión a la montaña, poco antes del congreso psicoanalítico de Weimar, en 1911. Mayette Viltard, a quién debo esta referencia, encuentra divertida esta foto; una opinión que comparto.

¹² Reciba aquí agradecimiento Miguel Gasteasoro quien me ha contado este mini-acontecimiento, leído en la obra de George Prochnik *Putnam Camp. Sigmund Freud, James Jackson Putnam, and the Purpose of American Psychology*. New York, Other Press, 2006, p. 33. El capítulo II de ese libro se titula "Encontrar el propio puercoespín". George Prochnik, bisnieto de James Jackson Putnam, ha podido consultar los archivos familiares.

¹³ Se puede ir a observar al animal en el museo Freud de Londres.



Una carta que Anna Freud dirigía a George E. Gifford el 12 de noviembre de 1971 y de la cuál este último publicará un extracto en un artículo titulado “Freud y el puercoespín”¹⁴ en 1972, presenta, entre otros intereses, aquel de ligar los dos rasgos que han sido evocados aquí mismo y desde el principio: los sonidos emitidos por los erizos, y el regalo de Putnam a su padre (el de Anna). He aquí ese extracto:

Gracias por su carta del 8 de noviembre. No me acuerdo de una “historia” sobre el erizo, pero puedo hablarle del mismo. Al parecer mi padre habría visto un erizo la primera vez que estuvo en los Campos Putnam y hubo quedado muy impresionado. En consecuencia, a modo de regalo de partida, le ha sido dado un erizo, fabricado en bronce o en otro metal precioso, que ha traído con él *orgullosamente* [yo subrayo]. Tenía muchas espinas grandes, impresionantes espinas salientes, Desde entonces está ubicado en su escritorio, donde se encuentra siempre. Curiosamente, cuando usted pasa su mano por encima, las espinas producen un sonido musical agradable [*a nice musical sound*]. No sabría decirle si existe un lazo entre ese erizo y la historia de Schopenhauer del erizo citada en “La psicología de las masas y el análisis del yo”. Me pregunto si esto podrá ayudarlo.

El artículo del *The Guardian* ofrece la gama de lo que sería este annafreudiano *nice musical sound*:
“Hedgehogs are capable of making a range of sounds from a quiet snuffing to hissing, snarling, whistling, clicking and even loud screaming, which is what sometimes gets them mistaken for excited distress human.”

La información entregada a Gifford va al encuentro de ciertas palabras de Ernest Jones quién, “responsable” de una organización como la IPA, y quizás cuidando que los norteamericanos no se reconocieran en el erizo de Freud, escribe en su biografía de Freud:

¹⁴ Aparecido en *Harvard Medical Alumni Bulletin*, marzo-abril 1972. El extracto retomado aquí arriba ha sido traducido por Miguel Gasteasoro, a quién debo también esta referencia. Se lo agradezco.

Había hecho la interesante observación de que, frente a una tarea angustiante tal como la de presentar sus sorprendentes conclusiones a un público extranjero, era útil proveer a sus emociones de un pararrayos, desviando su atención sobre un objetivo secundario. Así, antes de dejar Europa, afirmó que se dirigía a América con la esperanza de ver un erizo salvaje y de dar sus conferencias. La expresión “encontrar su erizo” ha devenido una frase muy conocida en nuestro entorno. Habiendo alcanzado su doble objetivo, estaba en condiciones de regresar¹⁵.

Se distinguen tres tiempos lógicos¹⁶ (un pelito lógicos) en eso que descifro como siendo, en Lacan, la fábula del alumno erizo. Primer tiempo, el instante de verse recogido... o, peor, ser apropiado: el encuentro con quien los considera como un objeto desde el comienzo adorado y que, enseguida, los pone en un bolsillo. No estoy seguro de que lo mejor que se pueda hacer con un objeto adorado sea apropiárselo, colocándolo en su bolsillo luego de haberlo envuelto en un pañuelo. Sin embargo, Jacques Lacan ha puesto a numerosos alumnos en su bolsillo de erizos. Algunos, los más advertidos -tal como Francois Perrier- se han preguntado sobre eso que, en el decir de Lacan, los había conducido a prestarse a ser colocados en el bolsillo. Que, a la vez, los había llevado a demandarle un análisis, y a querer ser sus alumnos¹⁷. ¿Qué es lo que ha sido elegido [elú] en el decir lacaniano por alguien, para que ese alguien -no cualquiera- se dejara alojar en el bolsillo por Jacques Lacan?

La expresión habla por sí misma: “lo tiene en el bolsillo”, “está listo” [“c’est gagné”], “está bueno” [“c’est bon”]. Al menos uno puede imaginarlo, ya que tener algo en el bolsillo cambia la posición de aquel que hasta allí se paseaba con los bolsillos vacíos, quebrado, sin alumnos erizo. He aquí al comienzo, a Lacan en *penia*. Con el tiempo tuvo los bolsillos llenos de erizos, algunos recogidos en esos días de Roma. Ha llegado a quejarse de un público demasiado grande, o aun a ser parte de una pesadilla donde, mientras él se angustiaba, la sala de su seminario se presentaba vacía. Todo el mundo versus nadie: se reconocerá en este flotamiento el índice de una dificultad en cuanto a poner en el bolsillo a sus alumnos. No faltan testimonios donde ese gesto de Jacques Lacan se encuentra

¹⁵ *The life and work of Sigmund Freud*, vol. 2, New York, Basic Books, p. 59, traducción de Miguel Gasteasoro.

¹⁶ Jacques Lacan, «*Le temps logique et l’assertion de certitude anticipée*», *Cahiers d’art*, 1940-1944, *repris dans Écrits*, Paris, Éd. du Seuil, 1966.

¹⁷ Luego de haber puesto a su mujer sobre el diván de Lacan a fin de apreciar cómo, psicoanalista, él se comportaba, Perrier se decide a emprender con aquel su análisis. Había puesto fin a sus reservas el seminario “La transferencia...”, gracias al cual entonces, Lacan mete a Perrier en su bolsillo.

cuestionado (cada vez bajo la forma de una ruptura clásica [clastique] cuya apuesta quedará sin descifrar).

El pañuelo también está allí, envolvente, con el fin de evitar ser pinchado. El sistema de defensa pasiva (pasividad) del erizo sería así neutralizado. No del todo sin embargo: en la prisión que es ahora la suya, el erizo hace uso de un recurso. Moja orinándolos, el pañuelo, el bolsillo, y a su portador. He aquí el segundo tiempo, un tiempo para comprender que Lacan los ha embolsado¹⁸ [empoché]. Para algunos, orinar sobre un partenaire, o ser el partenaire sobre el cual alguien orina, es un goce erótico que no se parece a ninguno, y que otros ven con muy malos ojos. Freud:

El sucio, es decir, aquel que no disimula sus excrementos, ofende al otro prójimo, no tiene consideración por él, como por otra parte lo dicen bien los más violentos insultos y los más usuales¹⁹.

El partenaire del que orina [pisseur], de la que orina [pisseuse], es envilecido, reducido a un inodoro de W.-C., y manchado como éste. Una situación a la cual uno se apresura a poner fin tirando la cadena, devolviéndole así su blancura por un instante mancillada. Leer a Lacan, ¿sería mearle encima? El parece aquí indicarlo y, por mi parte, voy a intentar explicarlo enseguida.

Tercer tiempo, momento de concluir del prisionero erizo. Concluir... ¿cómo? Helo aquí depositado sobre el césped de una confortable casa de campo, incluso en ese lugar privilegiado e íntimo de la familia Lacan. Tales lugares son otras tantas prisiones, por más de oro que ellas sean. ¿Su reacción? El concluye volviéndose una bola. Haciendo esto, ¿sabe que la figura topológica rechazada por el propietario es la esfera? El francés tiene un nombre para ese gesto: *volvation*, “enrollarse como una bola para defenderse”. Entrar en cólera se dice “ponerse una bola” [“se mettre en boule”]. Y enervarse: “ser una bola de nervios” [“avoir les nerfs en boule”]. De forma más agradable: alguien que ha recuperado sus apuestas en la ruleta, se dice de ese que ha “encontrado sus bolas” [“retrouvé ses boules”]. En Guitrancourt, el erizo no ha encontrado su libertad perdida desde el momento que ha sido visto, adorado, recogido, envuelto, embolsado, transportado, depositado -en una palabra, querido. “Querido” más “erizo” da “querizo” [“chéri”, “herisson”, “chérissons”]. ¿Es esto que lo

¹⁸ Los analizantes de Lacan estaban menos expuestos a estas desventuras. A su bolsillo lo reemplazaban pagando sus sesiones, y no con su persona. Sobre el valor del pago en análisis, se leerá el sorprendente “Pagar. Observaciones sobre la India antigua.” De Charles Malamoud, aparecido en la obra colectiva “*L’Argent et la psychanalyse*”, Paris, Campagne Première, 2017.

¹⁹ Sigmund Freud, *La malaise dans la civilisation*, traducido del alemán por Bernard Lortholary, presentación y notas de Clothilde Leguil, Paris, Ed. Du seuil, 2010, p.101.

vuelve una bola, lo eriza, este querizamiento, el “privilegio” otorgado a muy pocos, los *happy few*, de ser recibido en la familia? Me ha sucedido el contar cómo, estando invitado por Jacques-Alain Miller a una de sus recepciones, Lacan, avistándome, me ha lanzado en un suspiro apretado un “¡Qué contento estoy de verlo aquí!”. Tales palabras tuvieron por efecto el volverme inmediatamente desconfiado, el erizarme, y el preguntarme sobre lo que me importaba allí, si yo tenía razones para ser recibido en esa familia (de hecho, ¿cuál?). Me encontré hecho una bola, sin por otra parte saberlo bien.

Se encuentra así planteada [*soulevée*] la cuestión siguiente: ¿qué es lo que hizo, en Lacan, que tuviera *necesidad* de alumnos? He titulado “*Du Lit*” a una de las 543 ocurrencias recopiladas. Ella retoma por dos veces la fábula del alumno erizo. 1) Es Lacan, entonces en cama, el que se encuentra alojado en una sábana blanca -no en un pañuelo pero si en las sábanas de su lecho. 2) Ella tiene lugar en Guitrancourt, donde Lacan habla de sus alumnos a uno de ellos, así “elegido”: “Mis alumnos, si supieran adonde los conduzco, estarían aterrorizados” (¿aterrorizados? Si, si se trata de conducirlos allí donde no hay relación sexual, y si esta inexistencia es bien, como fué dicho, un “*troumatisme*”) ¿Afrontaba, entonces, el depositarlos sobre el césped de Guitrancourt con el fin de observarlos pensantes? ¿Han sido deslizados desde “orinar” (*pisser*) hasta “arrugar” [*plisser*], hasta “pensar” [*penser*]? Uno lo duda. En familia, se piensa por ellos.

Algunos rasgos, no todos, han hecho que yo haya reconocido mi recorrido lacaniano en la fábula del alumno erizo. De entrada, el empaquetamiento [*enveloppement*]. He sido tomado *por*, luego *en*, un rumor [*oui-dire*], enseguida transformado en un decir en directo al presentarme en París a fin de asistir al seminario de Lacan²⁰. De esta manera me presté a ser envuelto y puesto en su bolsillo. No era yo el primero, ni él el primero, lo que me facilitó el no ser un lacaniano en el sentido en que se lo entiende habitualmente. Uno es “lacaniano” si no dispone de ningún punto de exterioridad para leerlo²¹. El mismo disponía de R. S. I. para leer Freud.

Y se ofrece aquí la ocasión de preguntarse cuáles son, aparte de orinar, las posibles reacciones de cualquiera que se encuentre envuelto en un pañuelo en ese bolsillo. Cuatro reacciones por lo menos:

²⁰ Sobre la más común apuesta de un tal desplazamiento, ver Pierre Bergounioux, *Hotel du Bresil*, Paris, Gallimard, 2019.

²¹ Uno podrá reportarse a *La Scène Lacanienne et son cercle magique* (Paris, Epel, 2018), donde, con “el efecto de entre” despliego lo que entonces se ha jugado.

1) ¿dormirse, si uno no se encuentra demasiado incómodo en tal ubicación? 2) ¿pinchar la pierna a través del pañuelo hasta que, con la ayuda del dolor, uno sea rechazado? 3) ¿ahogarse y, si se puede, gritar pidiendo ayuda? 4) ¿agujerear el pañuelo y el bolsillo royendo un pedazo, a fin de liberarse por lo bajo del pantalón? Me dispensaré de asociar tales posiciones con tal o cuál alumno o grupo de alumnos.

¿Y el orinar como tiempo para comprender? Aun haría falta no detenerse, por ejemplo, considerando que “Lacan” -a saber, su decir- es tan preciso, tan delicado, precioso, límpido, que toda inundación urinaria en su sitio sería haberlo ofendido gravemente, sería faltarle el respeto. En Roma en 1974 él sugería que aquello que esperaba de sus alumnos, a saber, el leerlo, sería ensuciarlo; por lo tanto, en un cierto sentido, maltratarlo – lo que entonces equivaldría a tratarlo bien. ¿No es acaso lo que me ha sucedido poniendo sobre la mesa la transliteración (1979), la que no supo tomar (su problematización del borromeo se hubiera visto facilitada)? ¿Haciendo valer, con otros y con Littoral, que él no había sido siempre tan freudiano como había podido anunciarlo y repetirlo un tiempo, que su “retorno a Freud” en parte erraba el camino²² ? ¿Qué “su” yo [*moi*] (imagen en el espejo) no era aquel de Freud -un pequeño amo tomado entre dos fuegos, el ello y el superyó?

¿Mostrando, entre otros, cómo ninguna de sus variaciones [*“varités”*] sobre el amor puede ser recibida como verdadera, aunque él lo haya podido anunciar? ¿Recusando que el gesto de la “joven homosexual” reportado por Freud²³ fuera un pasaje al acto²⁴ ? ¿Haciéndole decir eso que no dijo jamás explícitamente, con, por ejemplo, la distinción de dos analíticas del sexo? Y, *last but not least*, ¿recopilando sus ocurrencias, de las cuáles no sale siempre tan glorioso, tan beneficiado? Bobby Lapointe: “Aumentadas las prestaciones, beneficios incrementados, ¿y quién carga eso sobre la espalda? ¡Tú!” [*“Davantage d’avantages, avantage davantage, et qui c’est qui l’a dans le dos? Toi!”*] Lacan “carga eso sobre la espalda” [*“l’a dans le dos”*] desde que sus alumnos se ocupan de arrendar los beneficios por él obtenidos [*avantages*].

²² Ver “Freud déplacé”, *Littoral*, n° 14, “Freud Lacan: quelle articulation” (sitio Epel).

²³ Sigmund Freud, “*Sur la psychogenèse d’un cas d’homosexualité féminine*” trad. del allemand sous la direction de Jean Laplanche, in *Névrose psychose et perversion*, Paris, Puf, 1973.

²⁴ Dans *Ombre de ton chien*. Discours psychanalytique, discours lesbien, Paris, Epel, 2004.

En cuanto al momento de concluir, en cuanto a ser una bola, es lo que me sucede cada vez que lo estudio. No ya sobre césped de Guitrancourt sino en mi escritorio. Pero es mejor precisar: leerlo es, a menudo, tirarle mierda, aunque esto pueda reservar ciertos momentos de felicidad, o algunos descubrimientos – al poner allí de lo propio, como él esperaba²⁵. ¡Demasiado trabajo!, ¡demasiadas horas!, ¡demasiadas ambigüedades, equívocos, despistes, falsas pistas! Jacques Lacan ha hecho mucho en favor de una política editorial irritante, lo que decía a los periodistas italianos: no había redactado sus Escritos para que sean comprendidos sino para que sean leídos, agregando que “aún si se los comprende, eso le hace algo a la gente. [...] Los abren, e incluso los trabajan; incluso *se hacen complicar con eso [s'enquinent]*”²⁶ (el subrayado es mío). ¿Qué les hacen, los *Escritos*, a las personas? Las alojan en un bolsillo de su autor, por otro lado vestido de dandy. El césped de Guitrancourt hoy no es verde sino marrón, cubierto como está de una multitud de erizos y erizas, tan cautivados éstos de estar allí en familia que ni sueñan con enrollarse en bola. Para que al fin eso les sucediera, haría falta que dejen ese césped, que crucen la ruta, se arriesguen a ser aplastados, vuelvan a su lugar, si es que no han olvidado donde eso quedaba, “*wo es war...*”. ¿Anticipan el peligro de atravesar esta ruta? ¿Han recibido la lección del Mendigo de Giraudoux? ¿Esta los tiene detenidos?

Atraviesan la ruta en la noche, por docenas, son erizos, erizas, y se hacen aplastar... “El amor para los erizos consiste de entrada en cruzar una ruta”, declama el Mendigo que agrega: “De pronto, ustedes encuentran un erizo jovencito, no del todo extendido como los otros, mucho menos grave, la patita tendida, los labios bien cerrados: más digno; y de éste, uno no tiene la impresión de que está muerto como erizo, sino que se lo ha golpeado en lugar de a otro, en vuestro lugar. Su pequeño ojo frío, es vuestro ojo; sus púas, es vuestra barba; su sangre, es vuestra sangre”²⁷.

Si algunas palabras o escritos de Lacan parecen, o mejor, aparentan ser inmediatamente accesibles (en semejante caso, un lector aplicado desconfiará de sí), otros, numerosos, dejan detenido a su lector, y así constreñido a perder el hilo del texto. Alain Badiou y Barbara Cassin han fallado en dar cuenta de “*L'étourdit*”, ni siquiera lo han pretendido: se han atenido prudentemente a extraer dos

²⁵ Lo dice bien al final de su texto de apertura en los Escritos: “Queremos del recorrido del cuál sus escritos son los hitos, y del estilo que su dirección ordena, que lleven al lector a un resultado donde le haga falta poner de lo suyo” Escritos, Paris, Ed. Du Seuil, 1966, p. 10.

²⁶ Coll., Lettres de l'Ecole freudienne, n° 16, Paris, 1975, p. 17.

²⁷ Electra, 1937, acto 1, escena 3. En *La Connaissance de la vie* (p. 39) Georges Canguilhem rechaza esta desventura giraudousiano-erizoniana a la cual se han expuestos algunos alumnos de Lacan dejando el corral de Guitrancourt. Y Muriel Barbery luego de haber reconocido un erizo en una concerge “viuda, pequeña, fea y regordeta”, haciendo todos los esfuerzos para jugar a la concerge y parecer tonta, devuelve su nobleza al animal (*L'Élégance du hérisson*, Paris, Gallimard, 2006, p.152-153).

lecciones de ese texto, lecciones éstas de difícil acceso²⁸. Si la frase de alguna manera inaugural de “*L’étourdit*”, a saber: “que se diga queda olvidado detrás de lo que se dice en lo que se escucha”, puede parecer límpida, el comentario que propone Lacan de la misma no es esclarecedor sino al precio de un intenso trabajo de cogitación. Que se lo juzgue: “Este enunciado que parece de aserción para producirse en una forma universal, es de hecho modal, existencial como tal: el subjuntivo del que se modula su sujeto, testimoniándolo²⁹.” Y poco después: “La primera frase no es entonces sobre el plano tético de verdad que el primer tiempo de la segunda asegura, como de ordinario, por medio de tautología (aquí dos). Lo que es recordado, es que su enunciación es tiempo de existencia, esto es que, situada en el discurso, ella ex-siste a la verdad.”

“Como todos nosotros” [*Comme nous tous*]: ésto es dicho por Lacan a propósito de “volverse una bola”. ¿En qué sentido y por quién Jaques Lacan habría sido convertido en bola, estado molesto, nervioso, exasperado? ¿Cuál es entonces el que, habiéndolo puesto en su bolsillo, le habría hecho dedicarle algunas de sus cinco mil púas de erizo? No se ve más que una sola y posible respuesta: un cierto Sigmund Freud, tan pinchado en los últimos seminarios. ¿Freud? “Un burgués borracho de prejuicios”, que ha “alcanzado alguna cosa que hace al valor propio de su decir” (9 de diciembre de 1975). Alguien que “pensaba que él tenía *das Weib*. No hay más que *ein Weib*” (13 de enero de 1976) – un error gravísimo según Lacan. Freud, que escribe “endo-psíquico” mientras que “no va de suyo que la *psukhé*, eso sea endo” (16 de noviembre de 1976). Freud, que no tenía más que “poca idea de lo que era el inconciente”; un personaje que “no tenía nada de trascendente”, que era “un pequeño médico que hacía, mi Dios, lo que podía para lo que se llama curar, lo que no va lejos” (11 de enero de 1977). Freud que, incómodo, daba al público “algo de orden filosófico³⁰ y sin hueso” (8 de febrero de 1977), “algo absolutamente confuso donde, como se dice, una gata no encontraría a sus gatitos” (8 de marzo de 1977). Tantos pinchazos que no han impedido a Lacan el reafirmarse freudiano en Caracas (12 de julio de 1980), bien al final entonces, y no sin abrir la posibilidad, para aquellos que lo escuchaban, de ser lacanianos.

²⁸ *Il n’y a pas de rapport sexual. Deux leçons sur “L’Étourdit” de Lacan*, (Paris, Fayard, 2010).

²⁹ El lugar de las comillas es aquí mantenido.

³⁰ Sobre lo que Lacan entiende por “filosófico” [*philosophique*], se podrá reportarse al principio del extracto de “La tercera” citado en pág. 5.

El 19 de abril de 1977, se pregunta: “¿por qué Freud no introduce alguna cosa que se llamaría el “Él”? Respuesta: “Si desdeña mencionarlo, y bien, hace falta decirlo, es que es egocéntrico y aun super-egocéntrico.” Lacan -no más que Freud- tampoco introdujo el “Él”, eso que habría podido hacer barrera a lo que de este modo no se ubicaría como un superyó en los sesos de los lacanianos, y aquello en lo que me empleo silenciosamente. “Él”, en particular en el pase, dice la posición del pasador. ¿Freud habría metido a Lacan en su bolsillo, lo habría envuelto en su pañuelo, en su saber? Y este último, ¿habría entonces reaccionado erizándose? He aquí una nueva versión del famoso “retorno a Freud”.

Uno se pregunta entonces: ¿Qué cólera habitó tardíamente a Lacan, respecto de Sigmund Freud, para tratarlo en el final de este modo? Se podrá apreciar el carácter sostenido [*soutenu*] de las manifestaciones de este enojo confrontándolo con el Michel Foucault que trataba a Freud, en la misma época, de “espíritu bromista” [*esprit drole*] (26 de marzo de 1980). Foucault está entonces en vías de concluir su análisis³¹ de la dirección de conciencia tal como Casiano (y otros) ha expuesto sus resortes, a saber “esta inclinación del sujeto hacia la propia verdad por intermedio de la perpetua puesta en discurso de sí mismo”. El prosigue (retomando sus primeras lecciones, las de ese año, sobre el Edipo de Sófocles):

Brevemente, no se tiene más la necesidad de ser rey, no se tiene más la necesidad de haber matado al propio padre, no se tiene más la necesidad de haberse casado con la propia madre, no se tiene más la necesidad de reinar sobre la peste para ser forzado a descubrir la verdad de sí mismo.

Bastará con ser no importa quién. No es necesario ser Edipo, a menos que, por supuesto, un espíritu bromista venga a decirles: ¡pero sí, pero sí!, si ustedes están obligados a decir la verdad, esto es porque, sin saberlo, ustedes son a pesar de todo un pequeño Edipo. Pero ustedes ven que aquel que decía esto no hacía, en suma, sino devolver [*retourner*] el guante, el guante de la Iglesia³².

Traducción: Marco Condado

³¹ Análisis que contiene muy interesantes observaciones sobre “el pensamiento que viene al espíritu” (M.Foucault, *Du gouvernement des vivants*, p. 306)

³² *Ibid.*, p. 306.